

Dotado como pocos para develar con exquisito humor la magia de lo cotidiano, el autor de **Adán Buenosayres** vuelve a ser en este libro el iniciado que conduce al lector por los misterios de una Villa Crespo mitológica. Porque no puede negarse que en el Conventillo del Gato Rabón —arrinconado entre la Curtiembre Maldita y el Café de la Puñalada— vienen sucediendo cosas extrañas: ángeles y demonios metiendo la cuchara en la trifulca que, por el amor de la Mujer sin Cabeza; estalla entre el Vendedor de Biblias, un grupo de anarquistas y un par de peligrosos malevos. Cuando la acción se desplaza a Avellaneda, el misticismo sobrevive agazapado en bares de mala fama; entre sátiros y espías para nada inverosímiles. Ya que la realidad, en la prosa de Marechal, es un producto enriquecido por la visión poética y la vocación metafísica.

EL ESPIA y otros relatos

Leopoldo Marechal

Leopoldo Marechal

EL
ESPIA
y otros
relatos



EDITORIAL JORGE KIEK



LEOPOLDO MARECHAL

EL ESPIA
Y OTROS RELATOS

EDITORIAL KIEK
Buenos Aires

I N D I C E

	<i>Pág.</i>
El espía	7
Autobiografía de Sático	29
La isla de Fidel	61
La batalla de José Luna	85

LA ISLA DE FIDEL

¡CUBA, qué linda es Cuba! Quien la defiende la quiere más. Con esta letra de una canción popular cubana inicio mi reportaje a la isla de Fidel Castro y a la experiencia económico-social más fascinante que se haya dado en esta segunda mitad del siglo. Cuando la "Casa de las Américas" me invitó a visitar la patria de Martí como jurado de su certamen anual de literatura, me asombré primero, naturalmente:

"¿Cómo puede ser —me dije— que un estado marxista-leninista —como se autotitula él mismo— invite a un cristiano viejo, como yo, que además es un antiguo "justicialista" u hombre de tercera posición?"

Y decidí viajar a la isla en busca de respuestas a esa pregunta y a otras que yo me había formulado acerca de un pequeño país del Caribe sobre el cual gravitan leyendas negras y leyendas blancas, miedos y amores tal vez prefabricados. Entre las cosas de mi equipaje llevaba dos aforismos de mi cosecha, muy útiles para estos casos: 1º "Hombre soy y nada que sea humano me asusta"; y 2º "El miedo nace de la ignorancia: es necesario conocer para no temer".

Cuba, nación bloqueada, tiene aún dos puertas exteriores de acceso a su territorio: una es la ciudad de Praga y otra la ciudad de México.

Las pomposamente dichas "Líneas cubanas de aviación" cumplen el esfuerzo heroico de unir la isla con esos dos puntos, mediante sólo cuatro aviones Britannia, de 1958, que hacen prodigios con sus cuatro turbo hélices evitando los cielos hostiles del "capitalismo", haciendo escalas riesgosas en un aeropuerto helado de Terranova (Gander), en algún rincón de Irlanda (Shannon) o en Santa María de las Azores. A mí me tocó entrar por México.

En el aeropuerto de la ciudad azteca, tras esperar algunos días el azaroso avión de la Cubana, me topo con un colega del Perú y otro de Guatemala que, como yo, se dirigen a Cuba detrás de los mismos fines literarios. Un agente del aeropuerto adorna nuestros pasaportes con un gran sello que dice: "Salió a Cuba", inscripción insólita y perfectamente inútil que atribuyo a un bizantinismo de la burocracia. Pero a continuación otro agente, lleno de cordialidad, nos toma fotografías individuales, hecho que tomo ahora por un rasgo de la proverbial donosura mexicana.

—Esas fotografías —me aclara el guatemalteco— son para la F. B. I. de los Estados Unidos.

Elbiamor y yo nos sentimos halagados:

—Ignoraba que la F. B. I. se interesase tanto por un certamen de literatura —comento al fin.

El colega guatemalteco me mira con sorpresa y atribuye, sin duda, mi comentario a la famosa ingenuidad del Cono Sur.

Y ya estamos en vuelo, sobre el golfo de México, rumbo a una isla sospechada y sospechosa quizás. A Elbiamor, que jamás ha simpatizado con Icaro, le parece oír que el cuatrimotor Britannia chirría por todo y cada uno de sus tornillos. Por mi parte, voy entendiendo que nos dirigimos a un país socialista, sudoroso de planes quinquenales, con músculos tensos y frentes deslustradas por el materialismo histórico. De

pronto una de las azafatas nos distribuye bocadillos de caviar: ¿no es una referencia evidente a la cortina de hierro? Y detrás del caviar, a manera de un desmentido vienen los daiquirí espirituosos y la fragante caja de habanos. *Cuba, ¡qué linda es Cuba!* Y mirándolo bien, ¿las mismas azafatas no tienen el ritmo cimbreante de las palmeras y la frescura de los bananos en flor?

Horas más tarde aterrizamos en el aeropuerto José Martí: es un atardecer de invierno, y sin embargo advertimos cierto calor y cierta humedad de trópico. Nos aguardan allá Ricardo y Norma, jóvenes, eficientes y plácidos, con cierta madurez acelerada: se anuncia en ellos la "efebocracia" o gobierno de los jóvenes, vocablo con que don Pedro González, profesor jubilado de la Universidad de California, me definió más tarde el régimen de la Cuba revolucionaria, una isla sin ancianos visibles, una isla de jóvenes, adolescentes y niños. Pero los "carros" nos conducen a La Habana por un camino bordeado de palmeras: la ciudad no está lejos, y poco después vemos erguirse sus grandes monoblocs en cuyas ventanas empiezan a brillar las luces de la noche. Llegamos por fin al Hotel Nacional, que será nuestra casa durante cuarenta días.

Es un edificio monumental concebido por la imaginación lujosa que requerían los fines a que se lo destinaba, lugar de *week end* para millonarios en exaltación, tahures internacionales, actores famosos de la cinematografía. Lo asombroso es que la revolución lo haya conservado, como los demás hotelés, restaurantes y cabarets de Cuba, en la plenitud de sus actividades, con su personal y servicios completos. Ya en nuestra habitación abrimos las ventanas que dan al mar y vemos la bahía de La Habana con su antiguo morro a cuyos pies festonea la espuma. En el parque del hotel, y entre palmeras, una gran

piscina de natación que abandonan ya unos bañistas corridos por la noche. Pero, ¿qué formas se yerguen allá, en aquel terreno vecino al parque? Son dos pequeñas baterías antiaéreas cuyas bocas de fuego apuntan al norte.

La mucama de nuestro piso, una negra joven y hermosa, entra en nuestra habitación y lo prepara todo con una meticulosidad tranquila de mansión solariega.

—Mercedes es mi nombre —le dice a Elbiamor con un despunte de risa—. ¿De dónde eres tú?

—De la Argentina —le responde él.

—¡La patria del Che! recuerda Mercedes y en su tono hay una emoción que nos toca.

Luego nos pide que cuidemos los materiales del hotel ya que ahora son de un pueblo todo: ella lo sabe porque no hace mucho que fue “alfabetizada” y ya tiene una “conciencia social”.

—Antes de la revolución —nos aclara— yo no podía entrar en este hotel.

—¿Por qué no? —la interrogo.

—Porque soy una mujer de color.

Vuelve a reír con su blanca dentadura de choclo y Elbiamor, entre lágrimas, besa una mejilla de ébano, la de Mercedes redimida.

Bajamos al comedor, porque, luego de la cena, nos llevarán a Varadero, donde se realiza la última sesión del Encuentro de Poetas organizado en homenaje a Rubén Darío al cumplirse un centenario de su nacimiento. En el comedor me encuentro con Julio Cortázar (hace veinte años que no nos vemos), y abrazo su fuerte y magro esqueleto de alambre: su melena y sus patillas le dan el aspecto de un *beatle*. Hemos de actuar en el mismo jurado de novela, y antes de separarnos me anuncia, con cierto humor perverso:

—Han llegado cuarenta y dos originales de gran envergadura.

Arañas de cristal, manteles lujosos, vajillas resplandecientes, flores y músicas evocan en el gran comedor los esplendores del antiguo régimen. Son los mismos camareros de ayer, con los mismos smokings y la misma eficiencia, los que sirven cocktails de frutas tropicales, langostas y otros manjares a una concurrencia visiblemente internacional de la que formamos parte. Son los mismos; pero ahora trabajan en una revolución, y no tardaremos en tutearnos con ellos y llamarnos “compañero”, diferentes en la función social que cumplimos, pero iguales en cierta dignidad niveladora. En los días que seguirán repetiremos esa experiencia extraña con todos los hombres de la isla; y sabremos entonces que la palabra “humanidad” puede recobrar aún su antiguo sabor solidario.

Esa misma noche, como en una suite fantástica, llegamos a las playas de Varadero, a ciento cincuenta kilómetros de la capital. ¿A quién se le ocurrió la idea de reunir allí a una pléyade de poetas iberoamericanos con el solo fin de celebrar a Rubén Darío? ¿Se perseguía un objetivo puramente poético? ¿Y por qué no? me dije antes de llegar: Cuba fue siempre un vivero de poetas. Y de pronto recordé aquellos versos de Darío que figuran en su poema dedicado a Roosevelt: “Eres los Estados Unidos, / eres el futuro invasor / de la América ingenua que tiene sangre indígena / que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.” ¡Qué resonancias proféticas tenían esos versos del nicaragüense, recordados ahora junto al mar de las Antillas y en una Cuba que aún tiene la pretensión exorbitante de ser libre y edificar en libertad sus estructuras nacionales!

Y Varadero está de fiesta esa noche: está de fiesta por un poeta muerto y una nación viva, Entre las mesas ubicadas al aire libre, veo de pronto a Nicolás Guillén: también él me ha re-

conocido, y se producí mi segundo abrazo de morado, en aquella noche iniciatoria. Después correrá el buen ron de la isla, cantarán los improvisadores de décimas, bailarán los litúrgicos danzarines afrocubanos, y la señora del poeta Fernández Retamar ha de brindarle a Elbiamor una gigante caracola del Caribe.

A la mañana siguiente nos bañamos en aquel mar de colores cambiantes, o discurrimos con los compañeros en aquellas arenas blancas y finísimas como vidrio molido. Por la noche, dando fin al Encuentro de Poetas, cenamos en la gran morada que fue de mister Dupont, el financista internacional que buscaba en ella los *week end* necesarios para contrarrestar el frío de sus máquinas calculadoras instaladas en Nueva York. La casa es monumental, con su embarcadero propio, su piscina y su jungla pero adolece de un mal gusto que parecería insanable en la mentalidad de los Cresos. El hall verbigracia, en conjunto inarmónico, reúne un piano de cola, un órgano Hammond, muebles en anarquía, cuadros y tapices anónimos que parecen salidos de una casa de remate. Afortunadamente, aquella noche una revolución socialista consigue hacer el milagro de dignificar la casa y sus tristes objetos: poetas y escritores de Iberoamérica están sentados esta noche a la mesa de los periclitados banqueros: nalgas líricas o filosóficas substituyen en los sillones dorados a las nalgas macizas del capitalismo. ¡Hurra! Se come, se bebe, se recita, se canta. ¡Hurra! Por un instante me asalta la idea curiosa de que me estoy bebiendo los estacionados vinos del opulento y alegre pirata. Mister Dupont, disculpe: la Historia no se detiene. Han entrado los danzarines negros y los cantores que eternizan su Africa. Discutimos o bailamos, ¿qué importa la distinción en esta primera noche del mundo? Desde su mesa, un

grupo de cubanos entonaban en mi honor "los muchachos peronistas".

Claro está que lo peor es el regreso, cuando, entre un poeta de guayabera blanca y un sociólogo de guayabera gris, camino junto al mar feérico bajo el plenilunio. Y la inquietud toma en mí la forma de un remordimiento: ¿seremos nosotros, una minoría, los únicos usufructuantes de una herencia reciente? Y el poeta en guayabera blanca me responde:

—Tranquilízate, alma buena. En Cuba no hay ahora ningún hambriento no hay desnudos ni descalzos; no hay desocupación ni despidos ni embargos; no hay mendigos ni analfabetos.

En cuarenta días de viajes, estudios e inquietudes pude comprobar más tarde cuánta verdad había en las aseveraciones del poeta, y qué fácil es resolver un problema de justicia social, cuando un pueblo se decide a tomar al toro por las astas. Pero en aquella noche de Varadero las preguntas afluyen a mis labios de recién venido:

—¿Es verdad —interrogo— que se está realizando aquí un intento marxista-leninista?

El sociólogo se vuelve al poeta y le dice con ese tono inimitable de la travesura cubana:

—No creo que Fidel haya leído ni ochenta páginas de *El Capital*.

—¿Es que pueden leerse más de ochenta páginas? —reflexiona el poeta.

—Sin embargo —insisto—, el propio Fidel se ha declarado marxista.

—¿Y por qué no? —argumenta el sociólogo—. A juzgar por algunas encíclicas más de un Papa romano está en ese riesgo. ¿Y sabes por qué? Porque el marxismo se resuelve al fin en una "dialéctica" que se adapta muy bien a cualquier forma de lo contingente social. Quiero decir que sirve tanto para un barrido como para un fre-

gado si lo que se trata de barrer o fregar es una vieja estructura político-económica.

Yo me río en mi alma:

—El viejo Marx —arguyo— ha prolongado su gloria merced a esa flexibilidad de su dialéctica. Pero, en cambio, lanzó al mundo una “logofobia” retardante de muchos procesos revolucionarios.

—¿Qué es una “logofobia”? —inquire el de la guayabera blanca.

—Logofobia —respondo— es el terror a ciertas palabras. Y el “marxismo” es una de las más actuales.

—¡Eso merece un extra seco en las rocas! —exclama el sociólogo entusiasmado.

—Lo tomaremos en cuanto exponga mi enseñanza paralela sobre la “logolatría”.

—¿Y qué diablo es una “logolatría”?

—Es una adoración de la palabra por la palabra misma —le contesto—. Generalmente, se toma una logolatría para defendérsela de una logofobia.

—¿Ejemplos de logolatrías?

—Los términos “democracia”, “liberalismo”, “civilización occidental y cristiana”, “defender nuestro estilo de vida”, esto último naturalmente, a costa de los estilos ajenos.

—¿No es ésa una muletilla del Tío Sam?

—El Tío Sam, ¡qué tío!

Suenan tres carcajadas en la noche del trópico. Pero el sociólogo de guayabera gris tiende una mano al horizonte marítimo:

—¡Silencio! —dice—. El Tío Sam está desvelado, a noventa millas náuticas de aquí.

—¿Qué hace?

—Está revisando su cuadragésimo submarino atómico.

—¿Con qué fin?

—Le quita el sueño, entre otras cosas, una islita de siete millones de habitantes que ha te-

nido el tupé de ensayar un régimen socialista en sus propias barbas.

De regreso en La Habana, es necesario leer los voluminosos originales del concurso: así lo hago, y así lo hacen conmigo el guatemalteco Mario Monteforte Toledo, el argentino Julio Cortázar, el joven español Juan Marsé y el veterano escritor de Cuba don José Lezama Lima. Pero hay que cumplir otras actividades paralelas: visitar institutos, conceder reportajes, dialogar con estudiantes y obreros, asistir a los teatros y cines donde se cumple una actividad febril. Cuba, en su bloqueo necesita mostrar lo que hizo en ocho años de revolución, porque sabe que el mejor alegato en favor de la revolución cubana es Cuba misma. Esos trajines y contactos me han permitido conocer a la gente de pueblo en su intimidad.

El pueblo cubano es de la más pura fibra española (casi andaluza, yo diría) entretejida con más que abundantes hebras africanas que le añaden una soltura de ritmos y una sensibilidad en lo mágico por la cual ha de convertir en “rituales” casi todos sus gestos, desde un baile folklórico a una revolución. Libre ya de opresiones de “factoría” y de sus “mimesis” consiguientes, reintegrado a su natural esencia, el hombre cubano es un ser extravertido y alegre, con imaginación creadora y voluntad para los combates necesarios, incapaz de resentimientos, fácil a los olvidos, propenso al diálogo y a la autocrítica. Todo esto deberán tener muy en cuenta los que intenten alargar un brazo amenazador sobre la tierra de Martí; porque no es difícil advertir allá que si el cubano entona pacíficamente una copla en la Bodeguita del Medio, o baila displicentemente una rumba en El Rancho de Santiago de Cuba, tiene siempre en una mano el machete de cortar caña de azúcar y en la otra la culata invisible de una metralleta.

Cierta mañana, y a mi pedido, un arquitecto arqueólogo, joven como todo el mundo en la isla, me hace recorrer la vieja Habana: su catedral, en el más puro estilo de la colonia, es la más bella que conozco, incluyendo la de México; los palacios condalés, al enmarcar la plaza de la catedral integran un conjunto arquitectónico de sobria pureza. Mi acompañante y mentor el joven arqueólogo, me conduce luego al Castillo de la Fuerza, reducto castrense que los españoles erigieron un día contra los invasores de la isla, reales algunos y hasta hoy siempre posibles. Cruzamos el puente levadizo, recorremos los oscuros pasillos, nos asomamos a las troneras y almenares.

—Esta fortaleza —dice mi guía —es un símbolo perfecto de Cuba:

—¿Por qué? —lo interrogo.

—Sus constructores y defensores representaron al colonialismo; sus atacantes representaron a la piratería. Y, hasta Fidel, Cuba se ha debatido entre colonialistas y piratas.

—¿Ya no? —insisto.

—El riesgo subsiste en potencia. ¿Tú eres argentino?

—Sí.

—Entonces sabrás, en carne propia, que hay nuevas formas de colonialismo y nuevas formas de piratería.

“¡Tocado!”, me digo en mi alma. Y el arqueólogo concluye:

—La revolución cubana sólo tiene su explicación entera en la Historia Nacional de Cuba.

Regreso al hotel, en cuyos ámbitos empiezo a conocer la naturaleza de sus huéspedes. Ya me topé con los tennistas polacos, tan elegantes con sus conjuntos rojos de pantalón y remera. Eludo ahora a los ciclistas hispanoamericanos que han de correr la vuelta de Cuba: llevan siempre consigo sus bicicletas, en el comedor y en los

ascensores; Cortázar me comunica su sospecha de que los corredores duermen con sus máquinas y tienen con ellas relaciones extraconyugales (¡diablo de novelista!).

Luego me voy a la piscina: es un gran espejo de agua entre palmeras y bajo el sol de Cáncer que acaricia y muerde a la vez como un ungüento. ¿Quiénes han invadido la piscina, tan solitaria otras veces? Porque la gente de Cuba sólo nada en verano, y la isla está en la mitad de su invierno. Estudio a los invasores: no hay duda, son caras y pelambres del mundo eslavo. Y al fin identifico a los deportistas soviéticos, entre los cuales alza su mole ciclópea el campeón olímpico de levantamiento de pesas. Paseándose en torno de la piscina, muy a lo peripatético, Dalmiro Sáenz, *jury* en el certamen de cuento, lee originales con toda la gravedad que le consiente su pantalón de baño.

—¿Qué hacen aquí los rusos? —me pregunta, indicando a los invasores de la pileta.

—Vienen a descansar, después de su zafra —le respondo.

—¿Qué zafra?

—La del Uranio 235.

Dalmiro estudia mi respuesta. Y, sin embargo, su atención se fija más en el cíclope ruso que en las delicias atómicas.

—Un gran levantador de pesas —me dice.

—No hay duda —le contesto—: recién me crucé con él en la cafetería, y le estudié en el fondo de los ojos.

—¿Qué viste?

—Una caverna del paleolítico y un gran desfile de brontosaurios.

Y, naturalmente, hay rusos en Cuba y checos, y búlgaros, y polacos, técnicos, hombres de deportes y hasta turistas. ¿Por qué dije “naturalmente”? Se dice que cuando, triunfante su revolución, Fidel Castro se dirigía a la capital,

llevaba in mente dos preocupaciones: evitar que la burguesía local, dúctil actriz de la historia cubana, intentase usufructuar *pro doma sua*, como lo hizo tantas veces desde la colonia, un triunfo que había costado sangre y lágrimas; y evitar que hiciese lo propio el marxismo intelectual y minoritario que también alentaba en la isla, como sucede aquí y en todas partes. Fácil es deducir que una "tercera posición" equilibrante maduraba en la cabeza del líder. Y se produjo entonces la intervención y bloqueo de los EE. UU. contra una pequeña y esforzada nación que sólo buscaba una reforma de sus estructuras para lograr su propio estilo de vida.

Claro está, bloqueada y amenazada, la isla de Fidel, sin combustibles, sin industrias básicas y sin comunicaciones, habría tenido que declinar su revolución si los EE. UU., que no tienen experiencia ni prudencia históricas, no la hubiesen lanzado a la órbita de Rusia, que tiene todo eso y además un estilo y método revolucionarios.

Por aquellos días, los cubanos entonaban el estribillo siguiente: "*Los rusos nos dan, / los yanquis nos quitan: / por eso lo queremos a Nikita*". Ciertamente es que más tarde, cuando los rusos, movidos por la estrategia de la hora, retiraron los cohetes cedidos a Cuba, se cantó allí este otro estribillo: "*Nikita, Nikita, lo que se da no se quita*".

Un oyente que escuchaba esta explicación, me dijo:

—No puede ser: es demasiado ingenuo, demasiado "simplista".

—Compañero —intervine yo—, ahí está la madre del borrego, como decimos en Argentina. Desde hace muchos años observo una tendencia universal a desconfiar de las explicaciones "simplistas"; en cambio, se prefiere complicar los esquemas en lo político, en lo social, en lo económico, y hacer una metafísica inextricable de

lo que es naturalmente "simple". A mi entender, toda esa complejomanía proviene de los interesados en "enturbiar las aguas".

Impuesta o no por las circunstancias, es de imaginar lo que una teoría filosófico social, como el marxismo logra o puede lograr en un pueblo que, como el cubano, tiene toda la soltura, toda la imaginación y además todas las alegres contradicciones del mundo latino. Está dándose aquí, evidentemente, un comunismo *sui generis*, o más bien una empresa nacional "comunitaria" que deja perplejos a los otros estados marxistas, en razón de su originalidad fuera de serie. Un soviético, un checoslovaco, un búlgaro, de los que frecuentemente visitan a Cuba, no dejan de preguntarse, vista la espontánea y confesa "heterodoxia" de la revolución cubana:

—¿Qué desconcertante flor latina estará brotando en las viejas y teóricas barbas de Marx?

Y yo me digo ahora si las barbas de la pregunta serán las muy vienasas de don Carlos o las muy criollas de don Fidel.

De pronto nos anuncian que Fidel Castro ha de asistir, en San Andrés, provincia de Pinar del Río, a la inauguración de una comunidad erigida en plena montaña. Nos dirigimos allá, en un ómnibus (allá le dicen *guagua*) de construcción checa, y llegamos al anochecer atravesando villas coloreadas y paisajes de sueño. Una concentración multitudinaria se ha instalado allá: son hombres y mujeres de toda la isla, que quieren oír a Fidel. Además, está jugándose, allí mismo, "industriales" contra los "granjeros": el *baseball* es el deporte nacional como el fútbol entre nosotros, y suscita en las tribunas populares las mismas discusiones y trompadas que se dan en la "bombonera", por ejemplo; el mismo Fidel Castro es un "bateador" satisfactorio. El partido concluye: ganaron los "industriales". Risas

y broncas. Pero la noche ha caído, se oye un helicóptero; y poco después una gran figura barbada sube a la plataforma. Déjenme ahora esbozar un retrato del líder.

Fidel Castro es un hombre joven, apenas cuarentón, fuerte y sólido en su uniforme verde-oliva: cariñosamente lo llaman "el caballo", en razón de su fortaleza militante. Bien plantado en la tribuna, deja oír su alocución directa, con una voz resonante y a la vez culta que traiciona en él al universitario metido por las circunstancias en un uniforme castrense. Al hablar acaricia los micrófonos; y en algún instante de pausa dubitativa se rasca la cabeza con un índice crítico, lo cual hace sonreír a sus oyentes. Reúne a los "compañeros" y les habla sólo por asuntos concretos: planes de trabajo a realizar, análisis y crítica de lo ya realizado, exhortaciones de conducta civil, palabras de aliento y de censura según el caso. Nunca se dirige a ellos en la primera persona del singular, "yo", sino en la primera y segunda del plural, "nosotros" y "ustedes" lo cual le confiere un tono de entrecasa, humano y familiar, que borra en él cualquier arista de demagogia, o se resuelve en una demagogia tan sutil que nadie la advierte. Dialoga con el pueblo que lo interroga y le sirve de coro, lo cual me trae algunas reminiscencias argentinas: "Oye, Fidel ¿y ésto? Oye, Fidel, ¿Y aqué- llo?". Y Fidel Castro recoge las preguntas en el aire y las contesta, rápido, certero y a menudo incisivo. Una de sus preocupaciones actuales es el "burocratismo" en que suelen aletargarse y morir las revoluciones. Anuncia en un discurso que se ha creado la Comisión Nacional contra el Burocratismo; y una quincena más tarde anuncia en otro:

—Compañeros, la Comisión Nacional contra el Burocratismo se ha burocratizado.

Conoce a fondo los problemas generales de su

pueblo, y hasta los particulares de sus individuos, tanto en el bien como en el mal. Durante el huracán "Flora" que asoló a la isla, condujo un tanque anfibio de salvataje y estuvo a punto de morir ahogado. En el corte de caña de azúcar, empresa nacional que moviliza hoy a todos los habitantes, Fidel Castro interviene, como todos, y no cortando algunas cañas simbólicas, sino trabajando jornadas enteras a razón de ocho horas cada una.

Esta noche lo escucho en San Andrés: hace frío en la montaña, vinimos desprevenidos y nos abrigamos con mantas del ejército. Fidel no es ya el orador "larguero" y teatral, imagen con la que aún se lo ridiculiza fuera: sus apariciones en público son cada vez más escasas y sus discursos cada vez más cortos. En esta oportunidad, además de referirse al asunto concreto de la reunión toca dos puntos que me interesan como escucha foráneo: define a la suya como a la "primera revolución socialista de América", y es verdad que lo ha dicho muchas veces. Pero, a continuación, la identifica como una "segunda independencia de Cuba" y me acuerdo entonces de lo que dijo el arqueólogo en el Castillo de la Fuerza: "la revolución cubana sólo tiene su explicación entera en la Historia Nacional de Cuba.

Ya en el ómnibus o *guagua* que, a través de la noche, nos devuelve a la capital, y mientras Ricardo y Ernesto cantan aquello de "*¿Cuándo volveré al bohío?*", sin duda para que no se duerma el compañero chofer en el volante, doy cuenta de mis observaciones al sociólogo en guayabera gris que compartió con nosotros, en Varadero, la bodega ilustre de mister Dupont.

—Evidentemente —me dice—, el movimiento revolucionario de Fidel en pro de la "segunda independencia" no es más ni menos que una

continuación inevitable del movimiento de José Martí en favor de la "primera".

—Es tan verdad —asiento yo—, que la figura de Martí está hoy en Cuba tan presente y es tan actual como la del mismo Fidel, y los escritos de Martí abundan en la formulación teórica del movimiento castrista.

Los cantantes del ómnibus han pasado en este momento a la canción *No la llores*, y el de la guayabera gris insiste:

—Esa continuidad revolucionaria está favorecida por el hecho de que la pasada historia de Cuba y la presente casi se tocan. Y si no, recapitulemos: la gesta de Martí comienza en 1895; el primer presidente de Cuba, Tomás Estrada Cabrera, es reconocido por los EE. UU. en 1902; luego dos gobernadores norteamericanos, con el pretexto de pacificar la isla se mantienen en el poder hasta 1909 después de una serie de gobiernos, electos o dictatoriales, que duran o no según el apoyo de los EE. UU., cuyos intereses económicos en la isla son cada vez más fuertes. La primera independencia (José Martí) y la segunda (Fidel Castro) se parecen como dos gotas de agua. Tienen los mismos opositores: un imperialismo exterior, ávido y reiterante, y una oligarquía local en colaboración con el primero. Uno y otro líder se parecen hasta en el *modus operandi* que utilizan: desembarcos furtivos en la costa cubana, internación en los montes, actividad de guerrillas. Lo único que añade Fidel a esa empresa insistente de Cuba es el acéto de lo social económico, que, por otra parte, resuena hoy universalmente, desde una encíclica papal hasta una pequeña sublevación de obreros.

Las luces de La Habana se nos vienen encima. En el recibimiento del hotel (que allá se llama "carpetá") encuentro una nota de *Granma*, órgano del Partido, en la cual se me solicita un reportaje: *Granma* es el nombre del yate

que, en 1956, trajo a Fidel Castro y a sus 82 compañeros desde México a la provincia de Oriente, donde la Sierra Maestra les ofrecería un campo ya histórico de operaciones. Al día siguiente respondo a las dos preguntas del reportaje:

—Usted —inquiére mi repórter— que ha sido testigo y partícipe de la historia de nuestro continente a todo lo largo de este siglo, ¿cómo definiría este momento de América latina?

—Desde hace tiempo —respondo— América latina vive en estado "agónico", vale decir de lucha, según el significado etimológico de la palabra. Y esa lucha tiende o debe tender a lo que el doctor Fidel Castro llamó anoche "segunda independencia". Yo diría que nuestro continente pugna por entrar en su verdadero "tiempo histórico", ya que lo que vivió hasta hoy es una suerte de prehistoria.

—¿Qué impresiones tiene usted de éste su primer viaje a Cuba?

—A primera vista y mirada con ojos imparciales, Cuba me parece un laboratorio donde se plasma la primera experiencia socialista de Iberoamérica. Por encima de cualquier "parnaso teórico" de ideas, entiendo que Cuba está realizando una revolución nacional y popular típicamente cubana e iberoamericana, que puede servir no de patrón, sino de ejemplo a otras que sin duda se darán en nuestro continente cada una con su estilo propio y su propia originalidad.

Resuelto ya el certamen literario de La Casa de las Américas, hemos de viajar al interior de la isla con el propósito de visitar la base militar de Guantánamo y después Minas de Frío. Desde la ventana de mi cuarto estudio las dos pequeñas baterías antiaéreas que, según dije, apuntan al norte marinerío. Porque a 90 millas de aquí está un enemigo que no se odia ni se teme, pero que se vigila en un tranquilo alerta. Esas dos

baterías tienen, ante mis ojos, la puerilidad de la honda de David ante la cara inmensa de un Goliath en acecho. Regularmente, el crucero "Oxford" de los EE. UU. entra en las aguas territoriales de Cuba, y su blanca silueta se recorta en el horizonte marítimo. Desde Miami las emisoras difunden noticias truculentas: el malecón de La Habana está lleno de fusilados que hieden al sol, faltan alimentos en la isla, o Fidel Castro ha desaparecido misteriosamente. Yo estoy ahora observando el malecón lleno de paseantes alegres y de tranquilos pescadores; todos comen bien en la isla, y hace unas horas vi a Fidel Castro en una reunión de metalúrgicos.

Pero en otro lugar del territorio el enemigo está más cerca y se hace visible. ¿Dónde? En Guantánamo. Yo estoy en Guantánamo, junto al mar del Caribe, donde los EE. UU. tienen la base conocida y los cubanos enfrentan la suya, separados unos y otros por una cortina de alambre tejido. Ese límite somero es el lugar de las "provocaciones". Converso con la tropa del destacamento cubano, miro fotografías y documentales cinematográficos.

—A veces —me dice un oficial— los *mariners* yanquis arrojan piedras al destacamento cubano, con las *posses* y el furor de un *peacher* de baseball; otras veces, en son de burla parodian ante los centinelas de Cuba los movimientos de los bailes afrocubanos, o mean ostensiblemente cuando izamos nuestra bandera.

—¿Y ustedes qué hacen? —le pregunto.

—La consigna es de no responder a las provocaciones. Uno de nuestros centinelas les volvió la espalda, sólo para no verlos.

—¿Y ellos qué hicieron?

—Lo mataron de un tiro en la nuca. Vea usted las fotografías del cadáver.

Desde Guantánamo, tras regresar a nuestra

base de Santiago de Cuba nos dirigimos a la Sierra Maestra con el propósito de subir a Minas de Frío, cumbre donde el comandante Ernesto Che Guevara tuvo su cuartel de operaciones. Siguiendo la norma revolucionaria de instalar escuelas donde hubo cuarteles y escenarios de lucha, se ha fundado en Minas de Frío un centro educacional donde se preparan los maestros del futuro. La subida es difícil, ya que se hace por una cuesta empinada, rica en torrenteras y despeñaderos, que hasta no hace mucho sólo era transitable a pie o a lomo de mula. Nosotros la franqueamos en un camión de guerra soviético que en dos horas de trajín, sacudones y patinadas nos deja en la cima, algo así como un altiplano donde conviven 7.000 alumnos, muchachas y muchachos de todas las pieles, bien alojados y guarnecidos. Nos preguntamos:

—¿Por qué instalar esa escuela en una cumbre sometida a todos los rigores climáticos?

Nos responden:

—Para fortalecer y templar a los jóvenes que han de ejercer el magisterio en los más duros rincones de la isla. Nuestra campaña de alfabetización, iniciada en 1961, redujo el índice de analfabetos a un 3 por ciento. Ahora Fidel quiere que toda Cuba sea una escuela.

Y abordamos a los alumnos, con su ropa y zapatos de montaña (¡ellas, naturalmente, con sus rulos en la cabeza!): blancos, negros y mulatos, tienen la conversación fácil y una seguridad alegre que anula toda ostentación o dramatismo. Quieren saber de nosotros: los fascinan nuestros diversos tonos del idioma español. Al fin nos ruegan que cantemos: yo mal entono una vidalita sureña y Juan Marsé aventura una sardana de su terruño catalán.

¡Tendría tantas cosas que referir! Sólo puedo hacerlo en síntesis rapsódicas o en pantallazos de cinematografía. Estamos ahora en un grande

y viejo taller metalúrgico donde Fidel Castro reúne a los trabajadores y los estudiantes de las escuelas tecnológicas. Tras un intento inicial de industrialización, la isla entera se vuelca hoy a los afanes de la agricultura. Pero hay que pensar en el futuro, y el conductor habla: se refiere a la explotación de los minerales que abundan en las sierras, a sus aleaciones posibles, a los futuros altos hornos y acerías a la perfección técnica de los obreros. Un químico visitante, que tengo a mi costado, me dice al oído.

—¡Sueña! ¡Está soñando en alta voz!

—¿Qué importa? —le contesto—. ¿Qué importa, si todo este pueblo que lo escucha está soñando con él? Al fin y al cabo, ¿qué sueña? La ilusión de una felicidad en la soberanía, siempre posible y siempre demorada. ¿No están, acaso, en ese mismo sueño todas las repúblicas hermanas de Latinoamérica?

Y Fidel siguió hablando, frente a rostros encendidos en esperanza. Fidel está soñando: ¡pobre del que se ría!

Esta mañana, Elbiamor y yo estamos a solas con Haydée Santamaría, heroína de la revolución cubana en sus preparativos y combates. Su hermano y su prometido fueron torturados hasta morir, frente a ella, misma, para que revelara el paradero de los jefes. Toda revolución cruenta deja siempre como posible y hasta inevitable el juego numeral de las víctimas, de modo tal que uno y otro bando puedan sentarse a la mesa y barajar en el tapete sus propios muertos. Haydée no lo hace, aunque tal vez en sus sueños perduró una pesadilla de ojos arrancados. Perdonar y olvidar —nos ha dicho ella—, y sobre todo combatir por un orden humano y una sociedad que hagan imposible en adelante los horrores de la jungla. Detrás de ese afán, ella trabaja día y noche, como si fuese la madre,

la hermana y la novia del movimiento. De pronto recuerda mi cristianismo y él de Elbiamor:

—Antes de la revolución —nos dice— yo era creyente, como todos los míos. Después entendí que, si deseaba trabajar por un orden nuevo, debía prescindir de Dios, olvidarlo.

No entendemos el por qué de tal resolución, evidentemente romántica, y callamos ante aquella mujer que ha sufrido tanto y que ahora guarda un silencio como de perplejidad.

—El otro día —refiere de pronto— mi hijo de cuatro años me preguntó quién era Dios.

—¿Y qué le respondió usted? —inquirí.

—Le dije que Dios era todo lo hermoso, lo bueno y lo verdadero que nos gustaba en la naturaleza.

Elbiamor y yo la miramos con ternura.

—Belleza, Bondad y Verdad —le dije al fin—: son; justamente, tres nombres y tres atributos de lo Divino.

Haydée calla. Luego se dirige a su escritorio y me trae como obsequio una caja de habanos construida con maderas preciosas de Cuba.

¿Y el ambiente religioso de la isla? Sé decir que actualmente se oficia con regularidad en los templos católicos y protestantes. En las santerías se ofrece al público el acervo iconográfico tradicional, junto con la utilería de las magias africanas, que conservan en la isla una tradición semejante. Fidel Castro, en una campaña contra las malezas rurales, aconsejó respetar, no sin humorismo, las hierbas rituales de los brujos. En realidad, no se manifiesta en Cuba ni menor ni mayor religiosidad verdadera que en muchos otros países del orbe cristiano, incluido el nuestro. Sé de muy buena fuente, que en el Comité Central del Partido hay católicos viejos y católicos de reciente conversión, además de algunos marxistas puros, uno de los cuales, en su inocencia, me confesó haber bautizado a un niño

con champagne y en el nombre de Marx, de Lenin y de Fidel. Y digo "en su inocencia", porque aquel hombre, fundamentalmente bueno, "no sabía lo que hacía", dicho evangélicamente.

Triunfante la gesta revolucionaria, tuvo un despunte de oposición en algunos sacerdotes de nacionalidad española y en algunos pastores protestantes de nacionalidad estadounidense que obraban, sin duda, por razones "patrióticas". Fidel Castro dijo entonces que todo cristiano debería ser, por definición, un revolucionario. Recuerdo que hace ya muchos años, en cierto debate sobre el comunismo realizado en París, alguien (creo que Jacques Maritain) definió al comunismo como una "versión materialista del Evangelio". Pensé yo en aquel entonces que era preferible tener y practicar una versión materialista del Evangelio a no tener ni practicar ninguna.

Y me digo ahora, con más ciencia y experiencia, que toda realización en el orden amoroso de la caridad, sea consciente o inconsciente, entraña en sí misma una "petición" de Jesucristo. La encíclica *Populorum progressio* de Pablo VI está en la ciencia y la experiencia del Redentor, aunque el "Wall Street Journal" entienda que se trata de un "marxismo recalentado".

Y un acento final de mi rapsodia. Refiriéndome a Minas de Frío mencioné a Ernesto Guevara: es ahora en Cuba una gran "ausencia" que la veneración popular siente y destaca todos los días. Ha dejado el recuerdo de su heroísmo en la guerra y de sus virtudes civiles en la paz, todo ello exaltado por la leyenda en que se resuelve su voluntaria desaparición. Poco antes de mi regreso, en la voz y la guitarra de un trovero popular (el famoso Puebla) oí los versos que siguen:

*Aquí nos quedó la clara,
la entrañable transparencia
de tu querida presencia,
comandante Che Guevara.*

Tres semanas antes, en vísperas de partir al interior de la isla, dialogando con Elbia sobre la ubicuidad legendaria del Che, le sugerí en broma: "¿No estará en la China y será el autor de su "revolución cultural?" Al día siguiente, encontrándonos en una calle de Pinar del Río, un chicuelo de nueve años nos abordó para enterarse de nuestra nacionalidad.

—Somos argentinos —le respondí, admirando la hermosura y vivacidad de sus ojos.

—¡Argentinos! —exclamó el chicuelo. ¿Dónde está el Che?

—Lo ignoramos. ¿Y tú?

—A lo mejor está en China —conjeturó él:

Elbia rió de mi coincidencia con el muchacho de Pinar del Río.

Terminó para nosotros la Misión Cuba. Una tarde, respondemos a los alumnos, en la Escuela de Letras. Uno me pregunta por el *Facundo* de Sarmiento, y le aclaro algunas nociones. Otro interroga sobre *El Matadero*, de Echeverría, y César Fernández Moreno se encarga de las respuestas. Pero todos los cubanos están yéndose al corte de caña, gobernantes y gobernados, obreros y estudiantes, artistas y técnicos porque se ha iniciado la Séptima Zafra de la Revolución, que promete ser la más cuantiosa del siglo. Los contingentes están saliendo a la tierra (o a la caña, como dicen allá): todos van alegres, porque el trabajo ya no es una "maldición antigua", sino un esfuerzo que hace doler las manos en el machete los tres primeros días, y concluye por transmutarse en una felicidad virgiliana.

Estamos en el aeropuerto José Martí, como a nuestra llegada: el cuatrimotor Britannia nos

espera, trajinado y temible a los ojos de Elbiamor. Nuestros compañeros de Cuba nos despiden: hay calor en sus manos y esperanzas en sus voces. El avión toma la pista: ellos quedan allá, con su sueño acunado entre peligros, y sin otro sostén que su líder y los símbolos de su enseña nacional, enumerados en la misma canción con que inicié mi reportaje: "*Un Fidel que vibra en las montañas, un rubí, cinco franjas y una estrella*".

¡Adiós, Cuba! O hasta siempre, que es lo mismo.

LA BATALLA DE JOSE LUNA

PROLOGO

(Telón de fondo negro y sin decoración alguna. A la izquierda de los espectadores (*que es la derecha de Dios*) el foco iluminará el grupo de los ángeles que dirán el prólogo angélico. En seguida la luz caerá sobre la derecha y enfocará el grupo de demonios que han de recitar el prólogo demoníaco. Ambas entidades estarán concebidas según el color y el gusto de la imaginaria popular).

ANGEL 1º: (*Suenan coros lejanos*). ¡Ángeles del noveno coro, la Luz llega de arriba y nos habla!

ANGEL 2º: ¿Qué dice la Luz?

ANGEL 1º: Dice que la tierra del hombre se ha vuelto insonora como un animal de barro. Dice que la tierra del hombre se ha oscurecido y es ya un espejo turbio de la cara divina. Dice que la tierra del hombre ya es un higo que se pudre sin gloria en el árbol de la negrura final.

ANGEL 2º: ¿Y qué ordena la Luz?

ANGEL 1º: La Luz ha ordenado que los ángeles del noveno coro bajen a la tierra del hombre.

ANGEL 2º: ¿Con qué fin?

ANGEL 1º: Para remover en el hombre la ceniza del fuego antiguo.

ANGEL 2º: ¿Quedará todavía en el hombre alguna palpitación del fuego sagrado?